

UNA RELACIÓN COMPLEJA: DEMOCRACIA, CIUDADANÍA, MASAS, OPINIÓN PÚBLICA Y MEDIOS DE COMUNICACIÓN.

Graciela Ramos

Licenciada en Ciencias de la Información,
Titular de la Cátedra de Opinión Pública de
la Carrera de Comunicación Social de la
UNLaR y Docente Investigadora.

Palabras claves:

*Democracia, ciudadanía,
comunicación, opinión
pública.*

Key words:

*Democracy, citizenship,
communication, public
opinion.*

Resumen

Un trabajo que propone reflexionar sobre los vínculos entre democracia, ciudadanía, opinión pública y medios masivos de comunicación social, habilitando la posibilidad de efectuar nuevas lecturas. El Homo videns. La opinión pública. La opinión pública y los medios de comunicación. La democracia. La opinión pública, los ciudadanos y las masas.

Abstract

Work that proposes to think about the links between democracy, citizenship, public opinion and mass media of social communication, enabling the

possibility of making new readings. Homo videns. The public opinion. Public opinion and the media.

Introducción

El propósito de este trabajo es el de aproximarse a la compleja relación que entablan democracia, masas, ciudadanía, opinión pública y medios masivos de comunicación social. Conscientes de la amplitud del tema, intentaremos bosquejar algunas líneas de pensamiento que permitan considerar la problemática habilitando nuevas posibilidades de abordaje.

Decimos que se trata de una relación compleja porque la temática es y ha sido tratada desde muy diversas perspectivas, ofreciendo desde los distintos paradigmas desde donde su lectura se ha efectuado, un sinnúmero de aristas dignas de interés.

Antes de efectuar un recorrido general de estas posturas y para justificar la redacción de estas páginas, creemos que desde ambas puntas del espectro ideológico, y desde los distintos paradigmas que las han matrizado, algo queda fuera de los análisis y lecturas propuestas, que no han permitido dar cuenta cabal de la problemática considerada.

De los términos que intervienen en la relación a la que intentamos aproximarnos: democracia, ciudadanía, opinión pública, masas y medios masivos de comunicación social, hemos escogido como hilo conductor de la lectura, el rol que juegan estos últimos y su incidencia en la configuración de los otros.

La propuesta no es caprichosa, es que desde la irrupción de los medios masivos de comunicación, en especial los electrónicos, y sobre todo la televisión, los efectos que se les han atribuido son por demás significativos, en sentido positivo o negativo.

La importancia que se les concede tanto en términos de construcción, como de influencia en la configuración del sistema democrático, la ciudadanía, la opinión pública y las masas está ampliamente difundida, no solo en los ámbitos académicos en donde es abonada por muy diversas teorías, que en algunos casos colisionan entre sí. En consecuencia intentaremos determinar si es posible una lectura centrada en los medios y sus efectos.

Para justificar la relación que proponemos abordar desde estos medios, basta citar a Jürgen Habermas o Giovanni Sartori, entre otros, quienes les confieren un papel preponderante en la configuración de la opinión pública, la democracia y el rol ciudadano.

Los medios masivos de comunicación

En la academia, los medios de comunicación son fuertemente vinculados con diferentes conceptos de ideología. Así, desde una concepción negativa de ideología, son ubicados por el marxismo ortodoxo, en la superestructura y como elementos de reproducción ideológica, de sujeción, según los aportes efectuados por Althusser.

Recordemos que Althusser ubica a “los medios de información, prensa, radio, televisión, etc.” entre los aparatos ideológicos del estado, que funcionan masivamente con la ideología de “la clase dominante”, que detenta el poder y que de esta manera asegura su reproducción.

Por su parte la teoría gramsciana hace estallar los límites rigurosos entre estructura y superestructura, confiere un sentido positivo a la ideología y la enriquece y contiene en su concepto de hegemonía. Abre de esta manera la posibilidad de efectuar una lectura diferente del poder.

La introducción de estos conceptos, en donde abrevarán luego los estudios culturales de la escuela de Birmingham, tornarán mucho más rica y compleja

las concepciones en torno al poder político, su lucha y detención y por supuesto, la cuestión de los medios.

Gramsci destaca "... que las ideologías 'históricamente orgánicas' – aquellas que son 'necesarias'- tienen una validez psicológica y crean el terreno sobre el que los hombres se mueven, adquieren conciencia de su posición, luchan, etc.'..." (Zizek, 2005: 264).

La ideología entendida como "un terreno de lucha", de subordinaciones y resistencias y la afirmación de que "los elementos ideológicos articulados por una clase hegemónica no tienen necesariamente una pertenencia de clase", como lo señalan Laclau y Mofé (Zizek, 2005: 264), abren otras perspectivas para leer los medios, sus contenidos e influencias.

Podríamos extendernos en el desarrollo de las teorías matizadas por el pensamiento gramsciano, que referidas a la comunicación, dan por tierra con aquellas que consideran al receptor "un sujeto pasivo" pero nos desviaríamos del propósito primario e inicial de este trabajo.

Podríamos también mencionar en abierta oposición a las teorías señaladas, el rol que le confieren a los medios de comunicación las de matriz liberal, que reconocen su origen en las de de Wiener y Shannon, centradas en los avances de la tecnología informática y que los conciben como instrumentos liberadores del hombre y de difusión de las prácticas democráticas, como las teorías sistémica, conductista y funcionalista.

Más allá de las diferencias sustanciales, las teorías aludidas suponen un estrecho vínculo entre los medios masivos de comunicación y el poder político. A los efectos de este trabajo, situaremos ese poder en el marco del sistema democrático y estableceremos sus relaciones con la ciudadanía, la opinión pública y las masas.

Lo cierto es que desde un extremo del abanico ideológico se demonizan los medios, se los integra a una concepción de dominación social y se los concibe como instrumentos de esa dominación, en manos de la clase que detenta el poder, y que los emplea a su antojo.

Desde el otro son pensados como medios democratizadores, como se ha señalado, liberadores del hombre, fortalecedores del sistema democrático, constructores y vehículos de la opinión pública, considerada ésta como expresión ciudadana.

Baste citar como ejemplo la cristalización de esta concepción en derechos, algunos de rango constitucional, como el de la libertad de prensa y de información.

Entre ambas posiciones, se levantan otras voces interesantes, como la liberal de Giovanni Sartori, que entiende que los medios, en especial la televisión, tal como hoy están planteada destruye la democracia, banaliza la opinión pública y degrada la ciudadanía.

Como ha quedado de manifiesto en todos los casos, la vinculación entre medios y poder político, es sostenida por teorías de muy diverso signo. Y es objetivo de este trabajo aproximarse a la relación que entre estos términos se ofrece, y que enmarcada en el sistema democrático, también comprende la opinión pública y el ciudadano.

Queremos agregar aquí que no resulta caprichosa la inclusión de las masas en los términos de esta relación, ya que ofrece aspectos interesantes en su vinculación con el concepto de ciudadanía, tema sobre el que volveremos en las próximas páginas.

Recapitulando los puntos hasta aquí expuestos, queremos señalar que tanto la demonización de los medios como su concepción de instrumentos

democratizadores, que contribuyen a la libertad del hombre, pueden resultar posiciones extremas que consideramos merecen ser revisadas y que a pesar de sus muy diversos signos presentan las siguientes coincidencias:

1.- Muchas de las teorías de matriz liberal como las marxistas ortodoxas confieren a los medios una gran capacidad de manipulación de la mente humana.

2.- Entienden mayoritariamente la comunicación propia de los medios masivos como vertical y unidireccional, instituyéndolos de un poder que la realidad ha demostrado que no tienen, por lo menos en la medida en que ellas lo manifiestan. Basten como ejemplos que Perón ganó las elecciones en Argentina con los medios en contra, que lo mismo sucedió con Chavez y Evo Morales en Venezuela y Bolivia más recientemente, y que Pinochet perdió el referéndum que lo hubiera habilitado a ser Presidente de Chile con el control de los medios y la suma del poder político, económico y militar.

3.- Estas situaciones reclaman otras lecturas sobre el rol de los medios masivos de comunicación y sus efectos que bien pueden transitar, como de hecho lo hacen, el camino abierto por Gramsci con sus conceptos de ideología y hegemonía. Así, como se ha señalado, los estudios culturales entre otras corrientes, confieren al receptor un rol activo y leerá los mensajes desde la realidad en la que está inmerso, desde la vida cotidiana y sus grupos de referencia. En este marco también intervendrá desde algún lugar como productor de esos mensajes, como veremos más adelante.

Las posibilidades de otras lecturas

Lo que intentamos sostener y que seguramente merecerá un desarrollo mucho más profundo y minucioso que el que pretendemos plasmar en estas páginas, es que la búsqueda de una lectura que supere la que se podría

atribuir a la razón ilustrada, desde cualquier extremo del arco ideológico desde donde se efectúe, lectura vinculada a la relación entre democracia, ciudadanía, masas, opinión pública y medios, excede largamente muchas de las explicaciones hasta ahora proporcionadas. También determinaremos si es desde los medios, por la importancia que se les concede, desde donde debe emprenderse.

En párrafos anteriores insistimos en las coincidencias que en la concepción de los medios, se pueden advertir en las teorías de opuesto signo ideológico. Para avanzar en el desarrollo de este trabajo tomaremos como ejemplo la posición de Giovanni Sartori, que resulta emblemática en este sentido. Creemos que una breve exposición de su pensamiento que sintetice los puntos en común aludidos, darán pie a una serie de reflexiones conducentes al objetivo de estas páginas.

Antes de efectuarla nos parece pertinente señalar en el marco de estas coincidencias y a manera de ejemplo, el rol que tanto Sartori como Althusser, de signos ideológicos radicalmente opuestos, asignan a los medios masivos de comunicación. Conscientes de la amplitud del tema sólo pretendemos justificar la afirmación de la existencia esos puntos en común, en los desarrollos teóricos aludidos.

Ambos coinciden en los efectos negativos que producen los medios masivos en los receptores, a los que denominan de diferentes maneras, ya que Sartori habla de "pueblo", "ciudadanos", "demos", "públicos", "hombre de la calle", "bestias", "homo videns", mientras que Althusser de "individuos" y "clase obrera".

Recordemos que Althusser ubica a los medios masivos de comunicación entre los que el caracteriza como "aparatos ideológicos del estado" destinados a asegurar la reproducción de la ideología de la clase dominante. Al respecto manifiesta que la reproducción de la fuerza de trabajo exige

"...la reproducción de su sumisión a las reglas del orden establecido, es decir una reproducción de la sumisión a la ideología dominante por parte de los obreros y una reproducción de la capacidad de buen manejo de la ideología dominante por parte de los agentes de la explotación y la represión, a fin de que aseguren también 'por la palabra' el predominio de la clase dominante." (Althusser, 2003: 15).

Más adelante agrega con relación a los aparatos ideológicos del estado:

"Cada uno de ellos concurre a ese resultado único de la manera que le es propia: el aparato político sometiendo a los individuos a la ideología política del Estado, la ideología 'democrática', 'indirecta' (parlamentaria) o 'directa' (plebiscitaria o fascista); el aparato de información atiborrando a todos los 'ciudadanos' mediante la prensa, la radio, la televisión, con dosis diarias de nacionalismo, chauvinismo, liberalismo, moralismo, etcétera." (Althusser, 2003: 35).

Sartori, partidario de la democracia representativa y ubicado exactamente en el otro extremo del abanico político ideológico habla también de una clase que controla los medios, aunque no determina con precisión quiénes y cómo la configuran. A referirse al bajo nivel de la información televisiva, señala: *"la 'nueva clase' que administra el video-poder se defiende de las acusaciones culpando a los telespectadores. Sí; pero esta defensa demuestra una mala conciencia, ya que en televisión más que en ningún otro medio es el productor el que produce al consumidor."* (Sartori, 1998: 139).

También resultan reveladoras sus afirmaciones en torno a que *"el demos está dirigido por los medios de comunicación"*, destacando que *"quienes seleccionan las informaciones se convierten en administradores del dominio simbólico de las masas."* (Sartori, 1998: 130). Tras señalar que al final *"el*

poder pasa al Gran Hermano electrónico” que no es un Gran Hermano en singular, advierte que

“...no será óbice para que la `tecnópolis` digital sea utilizada por una raza patrona de pequeñísimas élites, de tecno-cerebros altamente dotados, que desembocará –según las previsiones de Neil Postman (1985)- en una `tecnocracia convertida en totalitaria` que plasma todo y a todos a su imagen y semejanza.”
(Sartori, 1998: 130).

El Homo videns

Efectuaremos a continuación una reseña del pensamiento de Sartori, ajustándonos a lo que el mismo expone en su libro “Homo videns. La sociedad teledirigida”.

Allí reconoce en el lenguaje la capacidad de abstracción del hombre y en la escritura, como palabra escrita, el motor de desarrollo de las civilizaciones. La llegada de la televisión determina para él, que el hecho de ver prevalezca sobre el de hablar, transformando al hombre en un animal vidente e imprimiendo *“... un cambio radical de dirección, porque mientras la capacidad simbólica distancia al homo sapiens del animal, el hecho de ver lo acerca a sus capacidades ancestrales, al género al que pertenece la especie del homo sapiens.”* (Sartori, 1998: 27).

Sin querer salirnos del tema nos parece por lo menos curiosa la coincidencia que se advierte en torno a la consideración de la imagen y los medios electrónicos, con los representantes de la Escuela de Frankfurt. Teodoro Adorno y M. Horkheimer. Al referirse a la industria cultural y lo que ellos consideran la atrofia de la actividad del espectador en el cine señalan la prevalencia de la imagen y manifiestan: *“...el filme no deja a la fantasía ni al pensar de los espectadores, dimensión alguna en la que puedan moverse por*

su propia cuenta con lo que adiestra a sus víctimas para identificarlo inmediatamente con la realidad.” (Horkheimer y Adorno, 1971:153).

Continuando con Sartori, la televisión cambia sustancialmente la naturaleza de la comunicación, trasladándola de la palabra a la imagen, modificando la relación entre entender y ver, revirtiendo la naturaleza misma del homo sapiens y generando *“un nuevo ánthropos, un nuevo tipo de ser humano”*. Este ser humano es el hombre masa incapaz del pensamiento abstracto.

La opinión pública

Señala que *“...la noción de opinión pública denomina sobre todo opiniones generalizadas del público, opiniones endógenas, las cuales son del público en el sentido de que el público es realmente el sujeto principal.”* Inmediatamente indica que *“...se denomina pública no sólo porque es del público, sino también porque implica la res pública, la cosa pública, es decir argumentos de naturaleza pública: los intereses generales, el bien común, los problemas colectivos.”* (Sartori, 1998: 69).

Sartori reconoce la existencia de un nexo constitutivo entre opinión pública y democracia. Partidario de la democracia representativa, caracteriza a este sistema como un gobierno de la opinión que se fundamenta en el sentir de la res pública: *“...a la democracia representativa le es suficiente, para existir y funcionar, con el hecho de que el público tenga opiniones suyas, nada más, pero, atención, nada menos.”* (Sartori, 1998: 70).

Distingue dos etapas en la formación de la opinión pública: una que reconoce sus orígenes en el siglo XVIII y que se extiende hasta la aparición de la televisión y que él valora positivamente en términos de una democracia representativa.

Una apreciación similar efectúa Habermas, en su Historia y Crítica de la Opinión Pública. Al aludir al cine, la radio y la televisión, afirma: *“Con los nuevos medios se transforma la misma forma de la comunicación; éstos actúan en el más estricto sentido de la palabra, con más penetración de la que es posible con la prensa.”* (Habermas, 1981: 199). Inmediatamente agrega:

“Las emisiones de los nuevos medios contribuyen a cercenar, sin comparación posible con las comunicaciones impresas, las reacciones del receptor. Atraen a su terreno al público de oyentes y espectadores, privándole al mismo tiempo de la distancia propia de la ‘mayoría de edad’, de la posibilidad, esto es, de hablar y replicar.” (Habermas, 1981: 199).

Volviendo a Sartori, el segundo período valorado negativamente, se extiende hasta nuestros días, instituyendo la autoridad de la visión, de la imagen sobre la palabra. Al respecto expresa:

“...cuando la opinión pública se plasmaba fundamentalmente en los periódicos, el equilibrio entre opinión autónoma y opiniones heterónomas (heterodirigidas) estaba garantizado por la existencia de una prensa libre y múltiple que representaba a muchas voces. La aparición de la radio no alteró sustancialmente este equilibrio. El problema surgió con la televisión en la medida en que el acto de ver suplantó al acto de discurrir.” (Sartori, 1998: 70).

Más adelante agrega *“...la videocracia está fabricando una opinión sólidamente hetero-dirigida que aparentemente refuerza, pero que en sustancia vacía, la democracia como gobierno de opinión. Porque la televisión se exhibe como portavoz de una opinión pública que en realidad es el eco de regreso de la propia voz.”* (Sartori, 1998: 71).

La opinión pública y los medios de comunicación

Básicamente Sartori describe como expresión de la opinión pública el contenido de los medios de comunicación. Debemos volver aquí a la diferencia que marca antes y después de la irrupción de la televisión. Recordemos la cita del punto anterior en la que confiere un valor positivo a la prensa escrita incluso a la radio, garantizando el equilibrio entre opiniones autónomas y heterónomas.

Sin embargo este equilibrio se rompe con la televisión. *"Actualmente el pueblo 'opina' sobre todo en función de cómo la televisión le induce a opinar. Y en el hecho de conducir la opinión, el poder de la imagen se coloca en el centro de los procesos de la política contemporánea."* (Sartori, 1998: 66). Inmediatamente agrega: *"...la televisión condiciona fuertemente el proceso electoral, ya sea en la elección de los candidatos, bien en su modo de planear la batalla electoral, o en la forma de ayudar a vencer al vencedor."* (Sartori, 1998: 66).

Sartori afirma también que la televisión condiciona las acciones de gobierno, no ahorra críticas a los sondeos de opinión e indica que la mayoría de las opiniones recogidas por ellos son débiles, volátiles, a veces inventadas, produciendo un *"efecto reflectante, de rebote de lo que sostienen los medios de comunicación"*.

Ya hemos aludido a los dos períodos que distingue Sartori en la conformación de la opinión pública. En ambos casos su relación con el periodismo y los medios de comunicación es estrecha, a punto tal que resulta difícil pensarla sin la prensa. Basta recordar el rol que le asigna a la gráfica, e incluso a la radio, como garantía de equilibrio entre opiniones autónomas y heterónomas y como medio en el que se plasmaba la opinión pública, antes de la irrupción de la televisión.

A partir de ese momento Sartori habla de una opinión pública degradada y responsabiliza especialmente a los telediarios, por lo que la relación entre opinión pública, periodismo y medios de comunicación (considera a la televisión el más importante) continúa siendo muy estrecha. Nos atreveríamos a decir que esta relación aparece en Sartori como constitutiva de la opinión pública misma, ya que resulta difícil pensarla, a lo largo del texto analizado, sin lo medios y la prensa. Esto nos conduce a señalar de manera coherente, que no puntualiza diferencias entre opinión pública y publicada, por lo que podemos afirmar que las identifica.

En la misma línea de pensamiento la influencia que le atribuye a los medios de comunicación, en especial a la televisión, en la conformación de la opinión pública es central, a punto tal que aparece implícita en el texto, como constitutiva.

De modo que básicamente es la televisión el medio de generación y expresión de una opinión pública degradada. Alrededor de ella giran los resultados electorales, los sondeos de opinión, y las decisiones gubernamentales.

La democracia

En la primera parte de su obra, Sartori señala citando a Dicey y Lowel, que la democracia ha sido definida como un gobierno de opinión, definición que se adapta a la video-política entendida como "*...uno de los múltiples aspectos del poder del video: su incidencia en los procesos políticos, y con ellos una radical transformación de cómo 'ser políticos' y de 'como gestionar la política'*" (Sartori, 1998: 66). Señala luego que la televisión conduce la opinión del pueblo y que el poder de la imagen se ubica en el centro de los procesos políticos contemporáneos.

Más adelante, en la última parte de su libro afirma: "*Democracia quiere decir, literalmente, 'poder del pueblo', soberanía y mando del demos*". Inmediatamente agrega: "*El problema siempre ha sido de qué modo y qué cantidad de poder transferir desde la base hasta el vértice del sistema potestativo. Una cuestión es la titularidad y otra bien diferente es el ejercicio del poder. El pueblo soberano es titular del poder. ¿De qué modo y en qué grado puede ejercitarlo?*" (Sartori, 1998: 129).

Sartori busca la respuesta en la opinión pública y en lo que el pueblo sabe o no sabe y tras indicar que "*la base de información del demos es de una pobreza alarmante*" ya que la mayoría de las personas no sabe casi nada de los problemas públicos, indica que lo que ha permitido que la democracia funcione es el sistema representativo.

"En ésta, el demos ejercita su poder eligiendo a quien ha de gobernarlo. En tal caso, el pueblo no decide propiamente las issues –cuál será la solución de las cuestiones que hay que resolver- sino que se limita a elegir quién las decidirá." (Sartori, 1998: 124).

Su conclusión es reveladora: son muy pocas las personas informadas y menos aún las competentes para ejercer las acciones de gobierno. Una vez más responsabiliza a la televisión, "el poder de la imagen", de la pobre información y formación del ciudadano, que es en definitiva lo que determina la ineficacia de los mecanismos de la democracia directa o semidirecta. Entre ellos cita los sondeos de opinión y referendos que si bien representan una mayor democracia., "un incremento de demo poder", no se corresponden con un "incremento de demo saber". Así "*...la democracia se convierte en un sistema de gobierno en el que son los más incompetentes los que deciden.*" (Sartori, 1998: 125).

El problema para Sartori es de muy difícil solución y en todo caso a largo plazo ya que implica superar lo que él denomina el postpensamiento, la

incapacidad de pensar, destronando la cultura de la imagen y retornando a la cultura escrita. Se plantea aquí un interrogante interesante: ¿Si esto no sucede, o hasta que suceda, si es que es posible revertir el proceso, que pasa con la democracia?

Si la opinión pública es un elemento constitutivo y central de la democracia y está tan degradada que ya es imposible pensarla como tal, cabe preguntarse ¿cómo interviene el demos?, ¿qué rol se le asigna desde esta lectura? ¿Quiénes deben gobernar, cómo y de qué manera deben ser elegidos? Pero fundamentalmente cabe preguntarse sobre la existencia misma de la democracia. Volvemos así al interrogante con que el propio Sartori titula uno de sus capítulos y que nosotros también nos formulamos.

Y en este punto surge otro interrogante sobre el que seguramente retornaremos: ¿Todo es por culpa de la televisión? El propio Sartori nos alcanza algunos elementos que pueden ayudarnos a encontrar una respuesta, que a esta altura y desde su texto está resultando restringida: el sufragio universal y la irrupción de las masas.

Hasta aquí nos hemos limitado a rastrear en sus páginas, y en algunos casos sintetizar, los conceptos de democracia y opinión pública, sus vínculos con los medios de comunicación, en especial la televisión, y la relación que establecen entre sí que a la luz de lo expuesto, los configura y significa.

La opinión pública, los ciudadanos y las masas

Son realmente numerosas y variadas las definiciones de opinión pública que circulan en los ámbitos académicos y resulta interesante revisarlas en función de las relaciones que se pueden establecer con el concepto de ciudadanía, los derechos políticos y civiles y las masas.

Resulta pertinente mencionar al respecto, las dos grandes líneas que distingue Ellisbeth Noelle-Neumann: la de la opinión pública entendida como racionalidad atada a la formación de la opinión y la toma de decisiones en democracia, y como control social con “funciones latentes” no pretendidas ni reconocidas, destinadas a obtener consenso.

Ella señala:

“El concepto de una opinión pública racionalmente configurada se basa en la idea de un ciudadano informado y capaz de formular argumentos razonables y de realizar juicios correctos. Este concepto se centra en la vida política y en las controversias políticas. La mayor parte de los autores que emplean este concepto reconocen que sólo un pequeño grupo de ciudadanos informados e interesados participa realmente en esas discusiones y juicios.”
(Noelle-Neumann, 1995. 287).

Inmediatamente con respecto al concepto de opinión pública como control social y su formación, indica.

“...afecta todos los miembros de la sociedad. Como la participación en el proceso que amenaza con el aislamiento y provoca el miedo al aislamiento no es voluntaria, el control social ejerce presión tanto sobre el individuo, que teme el aislamiento, como sobre el gobierno, que también quedaría aislado y finalmente caería sin el apoyo de la opinión pública.” (Noelle-Neumann, 1995. 287).

Resulta interesante este concepto amplio, inclusivo, de opinión pública que no queda reducido a una minoría ilustrada. Esto indica a la hora del análisis, considerar los aspectos no racionales, que para nada son ajenos a la naturaleza humana, como los psicológicos, la afectividad, el miedo, la necesidad de pertenencia y reconocimiento, los grupos de referencia, entre otros.

Esta propuesta no implica dejar de lado la racionalidad, sino tenerla en cuenta como un elemento más que se conjuga con los ya mencionados y que permite, sin desconocer la importancia de los medios masivos de comunicación, comenzar a despegarlos del concepto de opinión pública entendidos como su elemento central constitutivo.

Desde esta perspectiva, desplazando el rol protagónico de los medios en la opinión pública y consecuentemente en la democracia, se abre la posibilidad de analizar desde un ángulo diferente estos conceptos, vinculados al de ciudadanía y al fenómeno de la masificación, proceso éste que sin dudas, tiene lugar antes del surgimiento de los medios electrónicos. En consecuencia y sin desconocer su influencia, mal se los puede señalar como los responsables de este proceso.

Lo que si queda claro es que resulta menos complejo apuntar a los medios, en especial a la televisión, que reconocer y replantearse lo ideológico y desde allí lo pragmático, del rol del pueblo o de las masas en la democracia. Y a esta altura, resulta muy difícil entender la democracia sin considerar la irrupción de las masas, su emergencia histórica, su visibilidad y presencia en la vida política y social.

Creemos que aquí hemos arribado a un punto que consideramos nodal. No por azar hemos empleado indistintamente los términos pueblo y masa, aunque son muy diferentes sus connotaciones y es ésta la diferencia que merece algunas reflexiones y que tal vez pueda iluminar otras aristas en torno a la temática de los medios, la opinión pública y la democracia.

Rousseau en su "Contrato Social" reconoce al pueblo como fundamento de una sociedad, la sociedad moderna se constituye desde la voluntad general y ésta es a su vez la que configura al pueblo. En tanto, Jesús Martín Barbero citando a Mairet, señala que es entonces el pueblo el fundador de la democracia, no como población sino como "*...categoría que permite dar parte,*

en tanto que aval, del nacimiento del Estado moderno.” (Martín-Barbero, 2003: 4).

Barbero considera que es ésta la racionalidad que inaugura el pensamiento ilustrado y que da cuenta de un dispositivo central que consiste en la inclusión abstracta del pueblo como categoría, a través de cuya invocación se legitima el poder de la burguesía, y de su exclusión concreta del oficio político, la educación y la cultura, legitimando así las diferencias sociales (Martín-Barbero, 2003: 5).

Pero si la invocación del pueblo legitima el acceso al poder político y su ejercicio, por parte de la burguesía, el mismo pueblo se torna una amenaza cuando reclama el ejercicio efectivo de sus derechos y pretende también hacer efectivo el principio de igualdad, uno de los rectores de la Revolución Francesa. En este punto, el pueblo parece transformarse en una masa peligrosa, ignorante e irracional. ¿Incapaz de pensamiento abstracto, diría Sartori?

¿No es la masa de Ortega y Gasset que “no actúa por sí misma” y que “necesita referir su vida a la instancia superior, constituida por las minorías excelentes”? Al respecto señala: *“Ha venido al mundo para ser dirigida, influida, representada, organizada –hasta para dejar de ser masa, o, por lo menos aspirar a ello. Pero no ha venido al mundo para hacer todo eso por sí.”* (Ortega y Gasset, 1984: 117).

Es el mismo pueblo fundante de la sociedad moderna, legitimador del poder político, ese al que los gobiernos –dirá Voltaire- deberán darle placeres diferentes del saber y “más adecuados a su carácter”. Es el mismo pueblo en el que Tocqueville advertirá el germen del despotismo de las mayorías, racionalizando el desencanto de una burguesía que ve en peligro el orden social que ella misma ha creado, a través de una categoría abstracta que comenzó a corporizarse y a demandar la concreción efectiva de sus derechos.

¿Es este mismo pueblo, el público del que nos habla Habermas, al que los nuevos medios atraen a su terreno “privándole al mismo tiempo de la distancia propia de la ‘mayoría de edad’, de la posibilidad, esto es, de hablar y replicar”?

Sin bien en este punto Habermas se acerca a Sartori, con lucidez se pregunta en su “Historia y Crítica de la opinión pública” –señala Barbero- por qué Rousseau no llama simplemente opinión a la opinión popular soberana, por qué la identifica con la opinión pública. Y responde

“... la reconducción de la soberanía real a soberanía popular no ha sido capaz de superar el dilema: la transformación de la voluntas en ratio acaba traduciendo el interés general en argumentos privados, esos que delimitan y constituyen el verdadero espacio de lo político que es el espacio público burgués.” (Martín-Barbero, 2003: 5).

¿No es desde este espacio, matizado por la razón ilustrada, desde donde se formulan los conceptos de democracia, opinión pública, medios de comunicación, ciudadanía y masas? ¿No es desde allí desde donde se leen sus relaciones y efectos?

¿No quedan por eso constreñidos a los límites rigurosos de la razón? ¿Y no es esta razón, una razón de clase que defiende un orden social por ella organizado y que por eso que no puede dar cuenta de una realidad que parece reducir a los efectos de los medios?

Desde ambos extremos del arco ideológico se piensa lo masivo como una “deformación” de lo original o bien, como señala Barbero, “*desde una concepción de la dominación social que no puede pensar lo que producen las clases populares más que en términos de reacción a lo que induce la clase dominante.*” (Martín-Barbero, 2003: 328).

En realidad y en función de la breve recorrida que hemos efectuado por los autores citados, no se piensa en términos de alternativa, lo uno o lo otro, sino como conjunción: hay deformación de lo original, de lo auténtico, así entendido en sus orígenes por la burguesía, y hay producción desde los sectores populares, limitada con exclusividad a la relación de dominación de la que prácticamente no pueden escapar.

En este sentido y con relación a los medios, resulta pertinente la reflexión de José Nun:

"En América Latina, en general, la literatura sobre los medios masivos de comunicación está dedicada a demostrar su calidad (innegable) de instrumentos oligárquicos-imperialistas de penetración ideológica, pero casi no se ocupa de examinar cómo son recibidos los mensajes y con cuáles efectos concretos: es como si fuera condición de ingreso al tópico que el investigador se olvidase de las consecuencias no queridas de la acción social para instalarse en un hiperfuncionalismo de izquierda."
(Nun, 1982: 40).

Pero como hemos visto no es sólo desde la izquierda desde donde no se analizan estas consecuencias "no queridas" de los medios, sino que tampoco lo hacen quienes se identifican con el liberalismo, por caso Sartori y el mismo Ortega y Gasset. La lectura de la ciudadanía, la democracia, la opinión pública, las masas y los medios, implican necesariamente desplazarla de estos últimos, como el hilo conductor que al inicio de nuestro trabajo habíamos propuesto. También implica replantear la relación de los medios y el fenómeno de la manipulación. En realidad el ángulo de análisis parece trasladarse al de la masificación, por ser éste anterior a los medios, en especial los electrónicos, y por no poder dar cuenta acabada de las relaciones consideradas.

Entendemos entonces que la entrada clave al tema, o por lo menos una de las más importantes es la de la masificación. Barbero señala al respecto que *"... la imposibilidad de que las masas hicieran efectivo su derecho al trabajo, la salud, la educación y la diversión sin masificarlo todo. Lo masivo en esta sociedad no es un mecanismo aislable o un aspecto, sino una nueva forma de sociabilidad."* (Martín-Barbero, 2003: 319). A esta nueva forma concurren los medios, pero no como elemento central constitutivo, sino imbricándose, relacionándose con otros factores.

Los cambios que la visibilidad, la presencia social de las masas, de las grandes multitudes que comienzan hacerse presentes originariamente en el ámbito urbano, dislocan fuertemente y ponen en crisis el concepto de democracia y ciudadanía.

Esta crisis que en el caso de Giovanni Sartori procura ser explicada por la aparición de la televisión, disloca también el concepto de espacio público, que termina siendo identificado con los mensajes de los medios masivos de comunicación, ignorando los intereses que en ellos se juegan, atravesados por la lógica del mercado. También así se leerá la existencia de políticos mediáticos y ciudadanos mediatizados, mientras que la opinión pública que Habermas por ejemplo, entiende como construcción crítica, será instalada como sujeto político y reducida a sondeos de opinión.

Pero la crisis parece tener otras raíces, que Barbero reconoce en una nueva condición de existencia y conflictividad, en donde pensar lo popular desde lo masivo no implica automáticamente manipulación y alienación, sino justamente esa nueva condición de sociabilidad a la que él alude.

Cuando Althusser nos habla de los medios como aparatos ideológicos del estado que aseguran la dominación de la clase dominante, cuando Habermas nos señala que los medios electrónicos impiden la mayoría de edad del público y Sartori afirma la existencia también de clase, del dominio simbólico

del mercado, corresponde preguntarse si ese mercado que excede a los medios, no es permeable a los intereses, prácticas y creencias de los dominados. Esto implicaría pensar lo masivo no sólo como negación, manipulación, alienación y deformación, sino también como experiencia y producción.

Volvemos entonces a Gramsci, y a sus reflexiones en torno a la hegemonía como proceso, en el que no todo lo que en ese marco se produce implica la reproducción del sistema. Recordemos que él entiende que una clase hegemoniza representando también intereses de las clases dominadas y que este proceso se da en un marco de luchas, subordinaciones, complicidades y resistencias.

Es entonces desde aquí y desde la masificación entendida como una nueva forma de sociabilidad, desde donde consideramos pertinente intentar la lectura de los conceptos propuestos al iniciar este trabajo.

Ello implica despojarse, si fuera posible, de los resabios del pensamiento ilustrado, para comenzar a transitar y comprender el camino abierto por estas nuevas condiciones sociales de existencia.

Sin dudas es todo un desafío pensar desde este lugar la democracia, la opinión pública, los medios, las masas, la ciudadanía y sus derechos, el gobierno de las mayorías, incluso los denominados sin cierta aversión "populismos" y "caudillismos" en América Latina. Por supuesto que el análisis excede largamente el motivo inicial de estas páginas y que cada uno de estos temas merece un desarrollo mucho más profundo y exhaustivo, motivo tal vez de futuras reflexiones. Por ahora creemos haber cumplido con el objetivo propuesto, atravesar los límites que advertíamos inicialmente, y que sorteados implicarán una lectura más rica y comprensiva de los fenómenos considerados.

Bibliografía

ADORNO, Theodor y HORKHEIMER, Max 1971, *Dialéctica del iluminismo*, Sur, Buenos Aires.

ALTHUSSER, Louis, 2003, *Ideología y aparatos ideológicos de Estado*, trad. de José Sazbón y Alberto Pla, Nueva Visión, Buenos Aires.

GRAMSCI, Antonio, 1998, *Cartas desde la cárcel*, trad. de Gabriela Moner, Nueva Visión, Buenos Aires.

HABERMAS, Jürgen, 1981, *Historia y crítica de la opinión pública*, trad. de Antoni Doménech y Rafael Grassa, Gustavo Gili, Barcelona.

MARTIN-BARBERO, Jesús, 2003, *De los medios a las mediaciones*, Convenio Andrés Bello, Colombia.

MATTELART, Armand y Michèle, 1997, *Historia de las teorías de la comunicación*, Paidós, Buenos Aires.

NUN, José, 1982, "El otro reduccionismo", en *América Latina: ideología y cultura*, Flacso, Costa Rica.

NOELLE- NEUMANN, Elisabeth, 1995, *La espiral del silencio. Opinión pública. Nuestra piel social*, trad. de Javier Ruiz Calderón, Paidós, España.

ORTEGA Y GASET, José, 1984, *La Rebelión de las masas*, Orbis, Buenos Aires.

ROUSSEAU, Jean Jacques, 2004, *El Contrato Social*, trad. de Consuelo Berges, Cayfosa-Quebecor, Barcelona.

SARTORI, Giovanni, 1998, *Homo videns. La sociedad teledirigida*, trad. de Ana Díaz Soler, Taurus, España.

TOCQUEVILLE, Alexis, 1980, *La democracia en América*, Alianza, Madrid.

ZIZEK, Slavoj, 2005, *Ideología. Un mapa de la cuestión*, trad. de Pablo Preve, Fondo de Cultura Económica, Argentina.

Cita de este artículo:

RAMOS, G. (2015). "Una relación compleja: Democracia, ciudadanía, masas, opinión pública y medios masivos de comunicación". Revista IN IURE [en línea] 15 de Mayo de 2015 Año 5, Vol. 1. pp. 85-108. Recuperado (Fecha de acceso), de <http://iniure.unlar.edu.ar>